

Espadas errantes

-Nada como un buen combate para empezar la mañana –comentó Maeglin con una sonrisa.

Las mañanas en Goldar eran frías, pero a pesar de ello un brillante sol iluminaba el rostro de Maeglin. La pequeña población de Hermagor se encontraba a pocos kilómetros al sur del bosque de Wulfgar, protagonista de mitos y leyendas, y a mayor distancia de la gran cordillera Miürenheim, natural frontera oriental del principado. La luz matutina embellecía el salvaje paisaje que rodeaba a la villa y que podía contemplarse desde la pequeña plaza que había frente a la posada y ante la cual estaban trabados los incursores con los guerreros y viajeros que en ella se hospedaban. Hechos de madera, todos los edificios estaban coronados por los empinados tejados típicos de la región, necesarios para evitar que la nieve los hundiera y sepultara a los ocupantes.

Allí en el tumulto se alzaba Maeglin empuñando su gran espada de doble puño. De una sola hoja coronada por algo parecido a una hoja de hacha había sido forjada con buen acero y elaborada por manos no humanas dando como resultado una herramienta de aspecto refinado a la vez que intimidatorio. A pesar de su altura no destacaba entre la multitud puesto que en esa región habitaban gentes de alta talla. Su cabello negro como el azabache, corto y revuelto no ocultaba sus peculiares orejas en punta, herencia de su madre, las cuales podían delatarle ante ojos suspicaces. Por fortuna el hecho de que no fueran muy marcadas y la ignorancia de la gran mayoría le libraban con sencillas excusas. De todos modos era de su padre de quien había heredado el físico en mayor medida, poseyendo gracias a ellos un cuerpo alto y de fuerte constitución además de sus ojos castaños. Carente del vello facial masculino su rostro poseía la delicadeza de su madre, mostrándose radiante y juvenil a pesar de pasar con creces la veintena.

Una cota de malla protegía su cuerpo desde los codos hasta las rodillas y sobre ésta le cubrían el torso y los hombros cuatro grandes piezas de cuero remachadas con pequeñas placas de hierro y unidas entre si mediante correas con hebillas. Sus antebrazos estaban resguardados por brazales de cuero rígido sobre guantes de uno flexible y sus piernas simplemente por unas botas de ese material. Bajo todo eso vestía con ropajes de tonalidad parduzca y por encima una capa del mismo color que echada a la espalda como estaba dejaba ver la espada que llevaba el cinto de tan buena calidad como la primera.

En la melée participan sobre todo habitantes de la región, bien la totalidad de los incursores, bien la mayor parte de los que allí se les oponían. El resto eran, al igual que Maeglin, aventureros, mercenarios y guerreros errantes de distintas procedencias. Desde las ventanas de la posada algunos hombres disparaban con arcos y flechas desde la ventajosa posición al tumulto de incursores desde el cual los armados con arcos y otros proyectiles respondían como podían mientras en la plaza las hojas chocaban y hendían la carne entre gritos desgarradores y maldiciones en el idioma del norte.

A los pies del joven guerrero yacían ya un buen puñado de desdichados que habían tenido el valor de ponerse al alcance de su afilado acero. A pesar de ir tan protegido Maeglin poseía gran agilidad y en combate su relativamente ligera hoja bailada a la velocidad del rayo para golpear con la fuerza del trueno. En ese momento un único guerrero armado con poco más que una modesta hacha y un escudo de madera corría decidido hacia él. Esperándole en guardia alta vio que éste alzaba su escudo en previsión de un ataque desde arriba. Acertaba en intenciones, pero erraba en conclusiones. Cuando el incursor alzaba el hacha la hoja descendió en diagonal partiendo el escudo y hundiéndose hasta más abajo del esternón antes de que la sangre

comenzara a brotar a borbotones mientras un gemido de agonía despedía al desdichado de este mundo.

Antes de poder extraer el arma tres oponentes se abalanzaron sobre él dispuestos a batirlo con hachas y espadas. Tirando con fuerza a la vez que pivotaba hacia la derecha extrajo la hoja con fuerza separando el brazo del difunto con violencia del resto de su cuerpo para trazar un amplio arco. Aprovechando la inercia de su arma Maeglin completó el giro con un último paso. Antes de que los guerreros pudieran atacar el filo lo atravesó a los tres a la altura de las piernas cercenándolas y derribándolos en el acto entre alaridos.

Testigos del espectáculo los que venían detrás se detuvieron en seco al ver caer a tres de sus compañeros de un solo golpe.

-¡No es humano! –gritó uno de ellos en Arkes, la lengua del norte.

Debido a la educación que había tenido y a los viajes que había hecho Maeglin podía arreglárselas en mayor o menor medida con la mayoría de los idiomas comunes.

-¿Tenéis miedo? –les preguntó en su lengua.

Oyendo su propio idioma en los labios del extraño guerrero los guerreros se sorprendieron mientras la multitud se revolvía tras ellos.

-¡Haced hueco! –exclamaron dos de ellos que asomaban apuntado con sus arcos.

-¡Mierda! –espetó Maeglin ante la novedad.

Casi a la vez la pareja liberó sus letales proyectiles para que surcaran el aire silbando en busca de su objetivo. Prevista la intención el guerrero liberó su izquierda para agarrar la capa y acto seguido girar a la derecha a la vez que daba una fuerte sacudida con ella. Ello no detuvo las flechas, pero las desvió lo suficiente como para que dieran ya sin fuerza suficiente como para hundirse en las placas metálicas que protegían el torso.

-¡Maldito! –pudo oír al otro lado de la capa- ¡Ahora!

Venían a por él. Perfecto. De inmediato asió de nuevo su arma con las dos manos para repetir la operación del giro. Con la capa todavía descendiendo no podía verlos, así que era cuestión de suerte que entrasen a tiempo en la trayectoria de la hoja. Haciendo el giro con fuerza el arma describió su trayectoria con gran potencia en busca de nuevas víctimas. Completándolo el guerrero pudo ver entonces los rostros estupefactos de dos oponentes que venían venir la hoja sobre ellos. El de la derecha viéndola venir por ese mismo lado interpuso su hacha en un vano intento por detenerla, pero ésta seccionó el mango como si de una caña se tratase y atravesó su cuerpo hasta dar contra el lado interior de su escudo. Saltando astillas el acero lo arrastro hasta hacerlo impactar contra el otro derribándolo mientras la parte del cuerpo del primero que se encontraba por encima del esternón se desprendía del resto del cuerpo y se desplomaba.

Sin perder el tiempo Maeglin alzó rápidamente su arma a la vez que el incursor derribado trataba de incorporarse, pero antes de que pudiera hacerlo la hoja comenzó su mortal descenso. Viéndolo alzó el escudo para interponerlo en su camino, pero el acero lo partió en dos igual que la otra vez y descendió hasta casi hacer lo mismo con su propietario que se desplomó inerte al instante.

-¡Condenado demonio! –juró uno de los arqueros- ¡Ahora verás!

Casi estaban listos para disparar cuando el guerrero todavía tenía la hoja trabada en el cuerpo de su último oponente, lo cual le dejaba sin tiempo para repetir la jugada de la capa. Podía ver el odio en sus ojos mientras sus cuerdas se tensaban cuando oyó silbar el aire alrededor de él. Al instante obtuvo la explicación cuando varios proyectiles derribaron a los incursores que se agolpaban frente a él incluidos los arqueros.

Aprovechando los instantes que tenía de tregua extrajo el arma para apoyarla sobre su hombro y después tomar algo de aire. Quienes estaban ante él se negaban a

avanzar mientras desde atrás los empujaban para que lo hicieran hasta que entre ellos se abrió paso un guerrero grande y fornido embutido en una cota de malla con una capa de piel a la espalda. Su cabeza, poblada por un amplio pelaje castaño, estaba protegida por un simple yelmo metálico que le protegía la parte superior y la nariz y en sus manos portaba un escudo redondo forrado en cuero y con los bordes reforzados con hierro y un gran hacha que parecía capaz de manejar sin problemas.

-¡Apartad, perros! –gritaba mientras los hacía a un lado con violencia- ¡No merecéis ni las sobras!

-¡Al fin! –saludó Maeglin mostrando una sonrisa de desafío- ¡Alguien capaz de plantarme cara, espero!

-¡Valientes palabras! ¡Más vale que tu lengua esté a la altura de tu acero!

-¿Acaso no ves mis avales aquí a mis pies?

-¡Esos desgraciados no merecían siquiera la muerte que les has dado!

-¡En tal caso veamos si eres tú quien la merece! –respondió poniéndose en guardia.

Viendo el gesto el norteño comenzó a avanzar hacia él despacio y en guardia. Éste estaba más curtido y resabiado que los otros, cosa que haría más interesante el duelo. Echando un vistazo alrededor Maeglin examinó el panorama. De los enemigos no veía a nadie más con ánimo de atacarle, bien por no importunar al que tenía ahora ante él o bien por que no querían acabar como los que tenía a sus pies. En cuanto a los arqueros confiaba en que los de su lado los interceptaran a tiempo pues entre todos los que defendían la villa o la vida él era la mejor baza para que todos salieran airosos del lance.

Maeglin lo observaba mientras aguardaba con la guardia alta. Su escudo parecía bastante más resistente que los de los otros. ¿Aguantaría al menos una de sus acometidas? Sólo había una forma de averiguarlo. Con los brazos en alto el guerrero descargó su hoja con toda la fuerza que pudo sobre su oponente el cual no tuvo otra que alzar la herramienta defensiva. Acto seguido el acero astilló la madera con un sonoro crujido de madera acompañado de otro distinto mientras el norteño aguantaba a duras penas el envite con el brazo roto. Aprovechando la oportunidad acometió con su hacha dirigiéndola al costado del extranjero, pero antes de que el metal alcanzase su objetivo éste ya había retrocedido volviendo a alzar su arma. Había fallado y ya no podía defenderse ante el inminente ataque, pero no iba a darse por vencido. Dando un paso adelante redirigió su arma para acometer contra el pecho de su oponente a la vez que la hoja de éste descendía en diagonal. Prácticamente al mismo tiempo los dos metales impactaron. El hacha del norteño golpeó con contundencia pero no consiguió más que abollar unas cuantas placas y posiblemente alguna anilla por debajo mientras que la espada del extranjero hendió la carne destrozando anillas en el proceso dejando abierto el vientre del incursor.

Tras un grito de rabia cayó de rodillas al suelo tosiendo y escupiendo sangre a la vez que soltaba el hacha para con la mano libre evitar que se le salieran las tripas. El combate proseguía alrededor pero nadie los importunaba.

-No lo has hecho mal –declaró Maeglin- ¿Quieres que te ahorre estos instantes de agonía?

Sin fuerzas para hablar el norteño se limitó a asentir con la cabeza.

-Prepárate –dijo alzando su arma.

Acto seguido la cabeza se desprendió del cuerpo para rodar unos pasos perdiendo el yelmo hasta quedar boca arriba. Los ojos cerrados acentuaban su expresión serena. Así acababa la vida de un guerrero de verdad. El combate continuaba alrededor, pero nadie importunaba a Maeglin. Con su espada al hombro observó a los combatientes agolpados ante él mientras posaba su mano en la zona afectada. Dolía, pero no parecía

nada serio. Palpando las láminas dobladas agradeció que la armadura hubiera cumplido su función. El poco ánimo que pudieran tener antes del último lance lo habían perdido.

-¡ALTO! –rugió uno voz al fondo.

Al oírla la melée se fue deteniendo poco a poco conforme los que intercambiaban acometidas veían como los de al lado dejaban de luchar.

-¡BAJAD LAS ARMAS! –sonó ésta vez más cerca.

Seguidamente los incursores fueron adquiriendo una posición más relajada y aprovechando la calma combatientes de ambos bandos hicieron distancia con sus enemigos dejando un pasillo entre los dos grupos. Entonces ante Maeglin los incursores comenzaron a hacer hueco formando otro pasillo que desde el fondo iba directamente hacia él. Seguidamente apareció avanzando por él una figura enorme un hombre del norte una cabeza más alto que el resto incluido al viajero, lo cual le confería una estura por encima de los dos metros.

Protegiendo su torso y parte de sus extremidades cubría su cuerpo una tosca cota de escamas sobre la cual también llevaba una piel de animal a la espalda. Unas piezas simples de láminas de hierro remachados sobre cuero cumplían la función de brazales mientras que la única protección para sus piernas eran unas botas de cuero similares a las de Maeglin. Cubriendo su cabeza portaba un elaborado yelmo metálico que ocultaba parte de su rostro dejando ver poco más que la boca bajo su poblada barba y sus ojos tras las rendijas. Aderezando su intimidatorio aspecto unos grandes cuernos descendían desde los laterales hasta la altura de la barbilla. Pero más importante aún para el viajero eran las armas. El gigante portaba una gran hacha en la mano derecha mientras que por su espalda asomaba un escudo y por encima de su hombro sobresalía la empuñadura de un mandoble.

Tras él caminaba un anciano de pelo gris y barba poblada. Vestido con pieles portaba en su mano un báculo coronado por el cráneo de alguna fiera a juego con el de venado que hacía lo propio en su cabeza. Con un aspecto tan estrafalario tenía que ser uno de esos peculiares chamanes de la región.

-Así que eres tú quien se interpone en nuestro camino –pronunció con su potente voz el gigante señalando a Maeglin con su hacha.

-En efecto –respondió sonriente- ¿Eres tú el líder de estos desarrapados?

-Por la gracia de nuestro todopoderoso señor Gor'Sael.

-¿Tú señor? Así que no eres más que un lacayo.

-Ni siquiera imaginas el poder de nuestro señor, necio –comentó con una media sonrisa.

-El suficiente para que un gigante como tú sea su perro faldero, supongo.

-Tus palabras te costarán la cabeza –declaró enfundando el hacha.

-Dudo que me dieras la opción de rendirme.

En ese momento el anciano del báculo miró a los ojos al gigante y seguidamente asintió.

-Eres poderoso. Quizá nuestro señor aceptara que le sirvieras humildemente.

-¿De verdad?

-¿Estarías dispuesto a poner tu vida al servicio y gloria de Gor'Sael?

Estupefactos los defensores del pueblo contemplaron al extranjero, pues si aceptaba tal proposición tendría que vérselas con el guerrero que precisamente estaba salvando el día.

-¿Y puedo saber quién es vuestro querido Gor'Sael?

-Podrás verle si le juras obediencia aquí y ahora.

-¿Y tu amiguito qué opina?

-Que es una estupidez oponerse a nuestro señor –respondió éste.

- Pues a este estúpido se lo estáis poniendo demasiado fácil.
- ¿Osas entonces rechazar nuestra oferta?
- Me cuesta confiar en tan sólo un nombre.
- ¡Estúpido! ¡Ésta aldea va a ser sometida para su gloria y regocijo!
- Pues de momento no lleva ese camino.
- Tú aguantas de momento, pero el resto están heridos y exhaustos.
- Todavía pueden dar un poco más de sí.

En respuesta el anciano emitió un gruñido mientras el gigante entrecerraba sus ojos airado.

-¡Tú! –exclamó Maeglin señalándole con la mano libre- Se supone que eres el más peligroso de todos estos, ¿me equivoco?

- ¿Qué propones? –respondió.
- Un duelo. Si yo gano volvéis por donde habéis venido.
- ¿Y si gano yo?
- Como bien ha dicho tu amiguito el resto están heridos y exhaustos.
- Entiendo –dijo sonriendo a la vez que desenvainaba el enorme mandoble.
- ¿Alguna condición?
- ¡El primero en morir pierde! –gritó antes de acometer desde arriba.

Viéndola venir el viajero se hizo ágilmente a la derecha apartándose fácilmente de la trayectoria del metal que se estrelló con gran violencia contra el suelo haciendo saltar algunas piedras que en él había. Sin perder el tiempo Maeglin asió la empuñadura con ambas manos para lanzar un veloz golpe contra su costado, pero su hoja fue a dar con la de su oponente el cual la había interpuesto a tiempo haciéndose a un lado y colocándola en diagonal hacia abajo. No era tan lento después de todo. Seguidamente éste contraatacó trazando un amplio arco con su arma para finalizar lanzando un brutal tajo en diagonal ante el cual el guerrero no tuvo otra opción que rodar hacia atrás para evitarlo.

- Extraña forma de pelear –declaró.
- Prefiero no estar en el camino de tu hoja.

-En ese caso veamos durante cuánto tiempo puedes estarlo –dijo antes de avanzar alzando su enorme espada.

Lanzando un golpe horizontal a las piernas de Maeglin, éste lo evitó de un salto, pero nada más posar los pies en el suelo el filo volvía dirigido esa vez a su cabeza. Agachándose rápidamente comenzó a girar para repetir su potente ataque circular ya por debajo de la trayectoria del mandoble. Con toda la fuerza que pudo completó el giro buscando con su hoja el cuerpo de su oponente hasta dar ésta de lleno contra su costado. En medio de un estruendo metálico algunas escamas saltaron empapadas en sangre mientras el acero se hundía muy a pesar del guerrero apenas unos centímetros en una capa interior de malla y cuero entre exclamaciones de sorpresa del público expectante. Bramando de rabia el caudillo le propinó un potente revés con la mano derecha en el rostro que lo proyectó unos metros antes de caer al suelo ante nuevas exclamaciones.

Recuperándose del aturdimiento Maeglin comenzó a incorporarse despacio. Echando un vistazo a su oponente vio a éste clavar su espada en el suelo antes de llevarse la mano al costado herido y tomar un aire que le había arrebatado la potente acometida.

- ¿Te rindes? –preguntó el guerrero ya en pie con el pómulo inflamado.

-¡JA! –exclamó con estruendo- ¿Por éste rasguño? ¡Es peor lo que te he dejado en la cara, mequetrefe!

Las palabras del gigante fueron coreadas por las risas de los incursores que le seguían.

-En ese caso tendré que atizarte más fuerte –respondió con su sonrisa desafiante.

De nuevo en guardia los dos oponentes se observaron inmóviles unos instantes en silencio. Las acometidas del enorme caudillo tenían una potencia desmesurada, pero la herida del costado era ahora una ventaja para Maeglin. Como bien había visto le dificultaba la respiración, con lo cual podía cansarlo rápidamente si lo presionaba. Añadiendo a eso que él era más rápido tenía clara la táctica a seguir.

Ya decidido se lanzó a la carrera contra su oponente para una vez a su alcance lanzar un veloz golpe a la cabeza que fue detenido por la gran espada. No importaba, no había hecho más que empezar. Antes de que el gigante pudiese contraatacar la hoja de Maeglin ya volaba en busca de un nuevo objetivo. Detenida de nuevo. Otra. Valiéndose de su agilidad comenzó a presionar lanzando los golpes todo lo rápido que podía a todas las direcciones posibles. Los aceros chocaban con violencia entre potentes sonidos metálicos. A pesar de encontrarse a la defensiva el caudillo intentaba ocasionalmente tomar la iniciativa, pero cuando la hacía el extranjero acometía su hoja con la propia para desviarla y abrir un hueco en sus defensas. A pesar de ello el tipo no cedía. Igual que un buey herido bufaba entre acometidas tratando de conseguir un aire que poco a poco empezaba a faltarle. Viéndolo el guerrero redobló sus esfuerzos a pesar de que también comenzaba a cansarse. No era fácil mantener en movimiento tamaña pieza de metal y menos teniendo que estrellarla una y otra vez contra la descomunal herramienta de su oponente soportando sus brazos una tensión desgarradora cada vez que lo hacía.

No lo tenía muy claro, pero le había parecido ver alguna grieta en el arma de su oponente. Estaba claro que el volumen de la una no era comparable a la calidad de la otra. La balanza se inclinaba cada vez más, por lo que ya iba siendo hora de terminar. Dándose un respiro Maeglin disminuyó el agotador ritmo que había adoptado dejando así espacio para que su oponente tomara la iniciativa. Aprovechando la oportunidad el gigante comenzó a acometer balanceando su hoja de un lado a otro. Haciéndose a un lado y a otro con facilidad el guerrero buscaba su oportunidad pero no obtenía lo que quería. Entonces trastabilló en su última evasión. Mirando fijamente su expresión de sorpresa y angustia el caudillo no se lo pensó dos veces antes de alzar su enorme espada dispuesto a dar el golpe de gracia.

-¡¡¡MUERE!!! –bramó descargando el metal sobre él.

Con todo su peso la hoja descendió sobre el extranjero hasta finalizar su recorrido con gran estruendo. Trozos de roca salieron despedidos, pero no sangre. Maeglin sonriente se encontraba sonriente a la izquierda de ésta tras hacerse a un lado.

-¿Pero qué...? –preguntó el gigante para sus adentros.

Sin perder un segundo la hoja del guerrero descendió hasta impactar con gran violencia en el debilitado metal quebrando la gran pieza. Anonadado, el gigante contempló su quebrada hoja durante unos segundos.

-¡¡¡MALDITO!!! –maldijo echando mano a su hacha.

Pero antes de que pudiera hacerlo Maeglin con un rápido giro dirigió su acero durante su último recorrido. Instantes después su cabeza caía al suelo mientras su cuerpo comenzaba a desplomarse. Primero de rodillas éste acabó precipitándose hacia delante entre las exclamaciones de sorpresa del público. Seguidamente el guerrero apoyó su espada en el hombro a la vez que iba recuperando el aliento. Después miró al chamán el cual le correspondía con una mirada de odio y sorpresa.

-¿Vais a iros o vamos a tener que echaros?

Respondiendo con una mirada furibunda al anciano parecía dudar sobre si debía seguir adelante con el ataque u obedecer a la sensatez. Tras unos instantes dio media vuelta.

-¡Vámonos! –gritó a los suyos mientras se alejaba.

Obedeciendo al que debía de ser su nuevo líder los incursores también dieron media vuelta para comenzar a abandonar la población que con tanto ímpetu habían asaltado.

Entonces, a los pocos segundos, toda la gente de allí estalló en vítores y gritos de triunfo. Satisfecho con lo conseguido enseguida Maeglin contempló sonriente a la multitud enfervorecida mientras limpiaba la sangre de su mandoble con la capa del difunto caudillo.

-Enhorabuena, guerrero –saludó con voz áspera un hombre maduro y fornido.

Protegido por una malla llevaba a su espalda el escudo redondo típico de la región sobre una capa de piel y colgando de la cintura un hacha y una espada. Bajo el brazo sujetaba un yelmo ornamentado que durante el combate había cubierto esa cabeza poblada de pelo castaño y gris.

-¿Quién sois? –preguntó Maeglin.

-Soy Henrik, señor de esta villa.

-Es un honor recibirla de vos.

-Mía es la fortuna que os ha traído aquí y ahora.

-Venía en serio esta gente.

-Demasiado.

-¿Demasiado?

-¡Ey, hermano! –pudo oír a un lado- ¿Por qué no me has esperado para felicitar a nuestro oportuno huésped?

Mirando al recién llegado el guerrero pudo ver a un hombre muy parecido al líder de la villa, solo que más joven y sin canas.

-¿Tú qué crees? –preguntó dejando ver las manchas de sangre que había por su torso y barba.

-¿No eres el posadero? –preguntó reconociéndolo.

-Así es. Poca gente encontrarás aquí que no sepa empuñar un arma.

-Me alegra oír eso.

-Goldar no es para los débiles –comentó el mayor.

-Eso me gusta. Por cierto –dijo recordando- ¿Quién diantres es Gor´Sael?

Oyendo el nombre los dos hermanos se miraron confundidos.

-Ni idea –sentenciaron encogiéndose de hombros.

-Hm. Tendré que averiguarlo.

-¡Pero no ahora! –gritó el menor.

-¿Se puede saber por qué? –preguntó Maeglin suspicaz.

-¡Porque hay que celebrarlo! –exclamó antes de dar media vuelta y alejarse.

-Hay que preparar la fiesta –dijo el mayor girándose- ¡Descansa y prepárate! ¡Vas a ser el invitado de honor!

Seguidamente se alejó dejándole solo con la muchedumbre. En cuestión de segundos se acercó a él otro de los extranjeros que había participado en la lucha vestido éste al estilo del imperio y otras tierras más ricas, protegido por un peto y un casco abierto y portando una espada al cinto.

-Gran combate –saludó- ¿De dónde sale tamaña habilidad?

-De la práctica –respondió sonriente.

-¿Y qué os trae por tan frías tierras?

-Oportunidades para desarrollar mi habilidad.

-Entiendo.

-¿Y vos?

-Me limito a escoltar caravanas junto a mis compañeros. La mala fortuna nos ha colocado aquí y ahora tanto como la buena lo ha hecho con vos.

- En tal caso me alegra haber ayudado a que conservéis el pellejo.
- A ti y a todos. Bueno –dijo poniéndole una mano en el hombro- He de dejarte.
- Parece que va a haber fiesta.
- Así es. Hay motivos de sobra para celebrar –puntuó antes de irse.

Comenzaba ya a anochecer cuando empezó el banquete en la plaza. Durante el día Maeglin había aprovechado para llevar su equipo a la armería para que le echasen un vistazo, tratar sus heridas y hacer sus ejercicios. Las mesas habían sido juntadas formando una U dentro de la cual se movían las doncellas que repartían la comida entre los comensales que celebraban el festín sentados en la parte exterior. Entre ellos el guerrero ocupaba una posición de honor entre el jefe del pueblo y su hermano el posadero.

-¡Celebremos este día, hermanos! –rugió con su atronadora voz el líder con la jarra en alto- ¡Pues hoy, gracias a los dioses, tenemos con nosotros un gran guerrero que ha salvado este gran pueblo!

-¡Hurra! –corearon todos imitándolo.

Al poco dos de las doncellas depositaron ante Maeglin y los cabecillas un jabalí asado de succulento aspecto con una manzana en la boca y rodeado por condimentos varios.

-¡Adelante, guerrero! –exclamó el tabernero- ¡Tú eliges primero!

Fijando su atención en el muslo no pudo evitar que se le hiciera la boca agua por lo que sin más preámbulos agarró la pata y apoyando la otra mano en el cuerpo tiró hasta desencajarla. Acto seguido comenzó a devorarlo con ansia puesto que a sabiendas del banquete había comido poco al medio día. Acompañando tenía hidromiel para saciar su sed.

-Decidme, guerrero –dijo Henrik, el jefe- ¿Cuál es vuestro nombre? Con la euforia del día se me olvidó preguntarlo.

-Maeglin –respondió al acabar un trago de hidromiel.

-Extraño nombre.

-Es lo que tiene ser extranjero.

-Precisamente por eso –dijo suspicaz.

Viendo cómo se encaminaba la conversación empezó a pensar que quizás esa gente estuviera más familiarizada con el tema de lo que imaginaba.

-No me digas que hay otro Maeglin por aquí –comentó sonriente.

-No, no. Es solo que me suena extraño.

-¿Cómo de extraño?

-Tanto como tus orejas.

-¿Qué tienen de malo mis orejas? –preguntó en tono ofendido.

-¿Eh? ¡No! Nada, nada. Déjalo, todavía hay todo un jabalí esperándonos.

-¿Y qué os trae por estas tierras? –preguntó el hermano a los pocos segundos.

-Busco oponentes de mi altura.

-¡Entonces os habéis equivocado con el último! –exclamó entre carcajadas- ¡Ese mastodonte te sacaba una cabeza!

-¡Por eso tuve que cortársela! –replicó en tono jocoso.

Al instante los más cercanos estallaron en un coro de carcajadas y golpes en la mesa.

-GOR-SA-EL, GOR-SA-EL –coreaban todos arrodillados en el claro alrededor del estanque dirigidos por el anciano chamán, el cual se encontraba erguido.

-¡Oh, amo y señor! ¡Escucha nuestra llamada! –clamó alzando sus manos al cielo.

No esperaban encontrarse a un guerrero así, no a alguien capaz de derrotar al elegido de Gor'Sael. Después de unos minutos coreando su nombre y solicitando su atención el agua del estanque comenzó a oscurecerse hasta parecer un pozo de oscuridad para unos segundos después manifestarse en ella dos luces brillantes rojas como la sangre. Seguidamente se hizo el silencio, era el chamán quién tenía que dar las explicaciones.

-¡Oh, amo y señor! –dijo en tono reverente- ¡Temo daros malas noticias!

Las luces seguían inalteradas mientras volvía el silencio. Los guerreros asustados se esforzaban incluso por contener la respiración temerosos de contrariar al todopoderoso. Sin respuesta alguna el anciano sabía que debía seguir.

-¡La población de Hermagor ha osado resistirse a vuestros designios y, peor aún, vuestro consagrado campeón ha sido derrotado en combate por un extranjero!

Acto seguido las luces comenzaron a brillar con mayor intensidad y los aterrados guerreros se inclinaron temiendo un cruel castigo.

-¿Quién es ese guerrero? –inquirió la voz inhumana que resonaba por todo el claro.

-¡No lo sé mi señor! ¡Tan solo que no provenía de estas tierras y que su arma es una extraña y gran espada!

-Muéstramelo.

Oyendo la orden el anciano tragó saliva. Ya había hecho eso otras veces pero no por ello dejaba de ser desagradable. Arrodillándose ante el estanque se inclinó lo necesario para introducir su rostro en las tenebrosas y gélidas aguas. Una vez en posición abrió los ojos. De nuevo la oscura esencia comenzó a penetrar en él atravesando sus ojos para llegar hasta su mente provocando que escalofrió tras otro le recorriera la espalda. Entonces aparecieron las imágenes que comenzaron a bailar, aparecer y desaparecer a voluntad de su amo mientras éste escrutaba lo que el anciano le ofrecía.

Ahí estaba ese guerrero tal y como lo recordaba, alto y robusto además de esos rasgos que se le antojaban extraños. Y esa espada. Podía recordar con claridad como había sesgado las vidas de todos los que le habían plantado cara, ¡incluso al elegido de su amo y señor! ¡Esa era la verdadera afrenta! Entonces pudo sentir cómo su señor lo liberaba, tras lo cual sacó la cabeza del agua de inmediato.

-Entiendo –concluyó con ese tono de otro mundo.

-¿Qué hemos de hacer, oh, mi señor?

-Nada.

Tratando de entender la respuesta el anciano aguardó en silencio temeroso de preguntar el por qué, pero unos instantes después sus dudas se despejaron al manifestarse sobre la charca unas llamas que se alzaban altas como los árboles. Si, eso le enseñaría al guerrero advenedizo.

De repente una agitación. Oscuridad. Ecos. Algo en ella le agarraba y zarandeaba.

-¡Guerrero! –podía oír- ¡Guerrero!

No podía, no podía...

-¡Despierta, guerrero!

Entonces abrió los ojos. Ante él tenía al tabernero zarandeándole.

-¡Despierta, maldita sea! –gritó- ¡Nos están atacando!

-¿Cómo? –preguntó levantándose de inmediato- ¿Han vuelto esos idiotas?

-¡Mucho peor que eso!

-¿Y se puede saber el qué? –inquirió mientras se vestía.

-No... ¡No lo sé! ¡Todo está en llamas! ¡La gente ahí fuera grita algo de una bestia de fuego!

-¿Bestia de fuego?

-¡Si! ¿No lo oyes?

Conforme iba pertrechándose Maeglin podía oír el alboroto que había tanto dentro como fuera del edificio. También oía el fuego crepitar, y lo olía.

-Si, ya huele a quemado.

-¡Hay que darse prisa! –gritó el tabernero antes de abandonar la estancia.

Mirando a su lecho pudo ver a dos muchachas rubias y hermosas entre las sábanas. Desde luego en esta tierra la gente apreciaba su arte con el acero. Conforme acababa podía observar por la ventana algunas de las llamas que iluminaban el panorama. Desde luego esa criatura debía ser algo serio. ¿Tendría que ver con esa gente? ¿Podría ser esa cosa Gor'Sael? No tardaría en averiguarlo.

-¿Qué sucede? –preguntó una de las muchachas que se acaba de despertar- ¿Qué es ese alboroto?

-Tranquilas –respondió abriendo la ventana- Sólo una hazaña más para vuestro invitado.

Acto seguido descendió de un salto a la calle, pero justo cuando iba a tomar tierra alguien que salía del edificio se interpuso en su camino.

-¡Cuidado! –trató de advertir.

Sin tiempo a reaccionar sus pies dieron de lleno en el individuo y ambos fueron de bruces al suelo. Rodando al tocar tierra Maeglin pudo evitar todo mal, pero quien quiera que fuese el otro debía haberse llevado la peor parte.

-¡Arggh! –bramó antes de alzar la cabeza- ¡Por las barbas de Thuriz! ¿Qué demonios...?

Entonces pudo ver que el infortunado era el tabernero, el cual salía ataviado para el combate.

-¡Ah! –exclamó preocupado- ¡Lo siento!

-¿Qué? ¿Tú me has caído encima?

-Así es.

-¿Cómo?

-Por la ventana.

-¿Por la ventana?

-Es más rápido.

-Chico, me has dejado nuevo –comentó reincorporándose.

-Espero no haberle hecho nada grave.

-¡Maldito seas! –gritó enojado- ¡Deja de lloriquear y encárgate de esa bestia!

Sorprendido por la reprimenda no pudo evitar quedar unos segundos aturdido.

-¿¡A qué esperas!?

Volviendo en si le miró sonriendo y, tras dedicarle el pulgar en alto, salió a la carrera.

-¡Vamos, muchachos! –gritó el jefe de los mercenarios- ¡Seguid disparando!

Desde la improvisada trinchera podía ver los cuerpos mutilados y carbonizados que dejaba a su paso. Al instante diez saetas volaron hasta perderse en las llamas que envolvían a la bestia.

-¡Maldita sea! –espetó uno de ellos- ¡No le hacen nada!

-¡Seguid disparando! ¡Tarde o temprano tendrá que caer!

En ese momento pudieron ver como otro grupo de guerreros se lanzaba a por la criatura con las armas en alto. Antes siquiera de que pudieran llegar a ella la enorme hacha cruzó como un relámpago partiendo a tres de ellos por la mitad. Él observó impotente al enorme demonio, tan alto como dos hombres, acabar con el resto con fuego y acero mientras más virotes se perdían entre sus llamas. Fue entonces cuando posó su mirada en ellos. Alzándose omnipotente un cuerpo humanoide cubierto de fuego, con una cabeza de bestia coronada con grandes cuernos y portando en su mano una descomunal hacha incandescente cubierta de la sangre hirviente de sus víctimas.

-¡Disparad, desgraciados! ¡Disparad!

Desde su posición el demonio alzó la mano libre apuntándoles con la palma. Demonio. Si, tenía que serlo. ¿Qué más podía ser? Entonces una gran bola de fuego salió de ella directa hacia ellos.

-¡Al suelo! –gritó a la vez que saltaba a un lado.

Sin tiempo para reaccionar algunos de ellos quedaron envueltos en la infernal deflagración. Al reincorporarse pudo ver cómo entre alaridos se consumían envueltos por las llamas. Ahí estaba el demonio, ante ellos, dispuesto a terminar la faena.

-¡Eh, tú! ¡Criatura! –pudo oír entre los gritos de agonía.

En ese momento el demonio ígneo dio media vuelta para encararse a la voz. ¡Allí estaba! ¡El extranjero que había salvado el día y con el que había hablado!

Satisfecho, Maeglin comprobó como la bestia respondía a sus palabras.

-¿Eres tú Gor'Sael? –preguntó con el mandoble desenvainado al hombro.

En ese instante sus miradas se cruzaron. Esos ojos llameantes no tenían pupila o iris alguno pero sabía que le estaba mirando. Le estaba escrutando con la mirada.

-¡No me digas que esa cosa habla! –gritó el mercenario.

-¡Quien sabe! ¡Al menos presta atención a lo que digo!

Entonces la criatura alzó la mano libre apuntándola hacia él.

-¡Cuidado!

Prevenido, Maeglin saltó a un lado antes de que el cúmulo de llamas cayera sobre él. Debido a la magnitud de la deflagración tuvo que rodar para ganar algo más de distancia y reincorporándose de inmediato corrió hacia la bestia blandiendo el mandoble. Teniendo mayor alcance ésta comenzó lanzando un veloz golpe horizontal que él esquivó rodando hacia delante e, introducido así en sus defensas, aprovechó la reincorporación para lanzar un potente golpe al vientre de la criatura. Sin problema alguno el acero lo cruzó de lado a lado formando un surco entre las llamas que se cerró de inmediato.

Inmóvil durante un instante el guerrero alzó la mirada para encontrarse con los ojos de la bestia. La misma expresión, incluso juraría que ahora sonreía. Nada, no le había hecho nada. El terrible calor que empezó a sentir le recordó que técnicamente se encontraba en medio de una hoguera cuando con su mano libre su oponente intentó atraparle. Saltando atrás consiguió esquivar por los pelos la ardiente zarpa cuando seguidamente vio venir desde arriba la brutal hacha. Con la velocidad que le confería la práctica detuvo ésta con su hoja. Y entonces, comprendiendo cada vez mejor a su oponente, la criatura emitió un gruñido al tener ante ella a alguien capaz de plantarle cara.

-¡Ahora! ¡A por esa cosa! –pudo oír Maeglin al otro lado de la criatura.

Un grupo de guerreros avanzaba a la carrera con sus armas en alto. Viéndolos, la criatura les apuntó con la palma tras darse la vuelta antes de carbonizarlos con una de sus deflagraciones.

-¡No bajas la guardia! –profirió el extranjero.

Al volver la mirada éste lanzó el mandoble directo a su cabeza y, girando en su mortal vuelo, la atravesó limpiamente. Nada.

-Esto no me gusta –sentenció.

Saltando hacia atrás para esquivar otro golpe Maeglin retrocedió más para poner distancia entre ambos.

-Huele a quemado –dijo antes de mirar su capa.

Demasiado expuesta al abrasador cuerpo de la bestia ésta había empezado a arder por la parte de abajo.

-¡Ah! ¡Mi capa! –exclamó mientras la sacudía.

Mientras lo hacía pudo ver por el rabillo del ojo la palma de la criatura apuntándole de nuevo.

-¡Maldición!

En un instante una nueva deflagración se cernía sobre él. Sin tiempo de saltar no pudo más que echarse la capa por encima antes de que las llamas le envolvieran. Seguidamente pudo sentir un potente impacto que lo envió al suelo a la vez que un calor abrasador lo envolvía. Al abrir los ojos pudo ver lo poco que quedaba de la capa consumiéndose por las llamas.

-¡Maldita sea! –juraba mientras se la quitaba- ¡No me libro de otra de estas!

Devolviendo su atención a la criatura comprobó horrorizado que la palma seguía apuntándole.

-Por hablar –sentenció compungido.

En ese instante un virote atravesó la cabeza de la criatura desde el otro lado, tras lo cual ésta se encaró a la nueva molestia.

-¡Sal de ahí! –gritó el mercenario- ¡Maldita sea!

Apreciando el consejo Maeglin se dirigió a la carrera a una de las bocacalles. La bestia se encaró de nuevo hacia él, pero ya había salido de su línea de visión.

¡Condenada criatura! Tenía que encontrar alguna forma de dañarla. Conforme corría entre los callejones podía oír a la gente gritar desesperada por el fuego que se extendía rápidamente. Fue entonces cuando se detuvo ante un grupo de mujeres que sacaba sin pausa agua de un pozo.

-¡Eh! ¡Tú eres el guerrero! –exclamó una de las mujeres sorprendida- ¿Ya has acabado con el demonio?

-¡Necesito esto! –dijo a la vez que les arrebatava dos de los cubos- ¡Estoy en ello! –respondió ante las protestas de las abnegadas mujeres.

Y acto seguido, con sus nuevas armas, volvió sobre sus pasos para hacer frente a su oponente.

De nuevo, y quizá por última vez, la criatura había vuelto a posar su atención sobre él. Allí estaba, con la mirada fija en él. En cualquier momento alzaría la mano y todo acabaría. Entonces empezó a andar. Despacio, hacia él. No tenía prisa. Viéndolo desenvainó su espada.

-¡Así que quieres jugar! ¿Eh? –gritó desesperado- ¡Ven por mí, maldito demonio!

Quería aguantar firme pero no podía evitar dar paso atrás tras otro. Aun así la criatura estaba cada vez más cerca, caminando despacio. Parecía disfrutar cada segundo viendo la desesperación en sus ojos. Podía intentar huir, pero de hacerlo seguramente le calcinaría.

Entonces uno de sus hombres, más allá de toda razón, se lanzó contra la criatura.

-¡Monstruo! –gritaba enloquecido- ¡MUERE!

Antes de que pudiera descargar su hoja el ser lo atrapó con una de sus zarpas izándolo en el aire. Aullando de agonía el infortunado se consumió rápidamente entre

las llamas y, una vez dejó de gritar, lo arrojó al lado de él. Quería gritar, quería... hacer algo, poder hacer algo. Ya ante él, la ardiente mano empezó a descender dispuesta a apresarlo en una infernal agonía.

-¡Eh, tú! ¡Mala bestia! –pudo oír en el momento fatídico- ¡Te has olvidado de mí!

Alertada ésta giró para encarar la nueva amenaza cuando él pudo ver al guerrero saltar desde uno de los tejados de pizarra. Teniéndola donde quería Maeglin arrojó sobre ella los dos cubos que portaba antes de llegar al tejado de enfrente, derramándose su contenido sobre ella en una nube de humo y vapor. Haciendo efecto ésta vez la criatura aulló de agonía envuelta en la densa nube a la vez que el guerrero aterrizaba con sus pies sobre el tejado, pero la inclinación de éste le impidió hacerlo adecuadamente.

-¡Maldición! –profirió- ¡Está demasiado inclinado!

Sin nada a lo que agarrarse para evitar irse atrás y al suelo dos plantas más abajo empezó a mover los brazos mientras trataba de mantener el equilibrio. Justo debajo de él el demonio comenzó a sacudirse y rugir como no había hecho hasta entonces a la vez que se agitaba violentamente. Viendo una oportunidad muchos guerreros salieron de sus escondites con la esperanza de poder derribarlo con sus armas, pero cuando ya se cernían sobre él éste comenzó a arder con energías renovadas deteniéndolos en seco.

Furiosa, la criatura lanzó un potente tajo horizontal que destruyó a varios de ellos antes de encararse con quien había despertado su rabia. Justo entonces había conseguido Maeglin posarse con las manos sobre el tejado cuando pudo echar la vista atrás y ver el espectáculo. Ahora la bestia venía por él veloz y decidida. Con una velocidad superior a la anterior descargó su hacha sobre el tejado obligándole a rodar a un lado para evitarla. Debido a la fuerza de la criatura el hacha descendió hasta la planta baja destruyendo a su paso.

-¡Ha! –exclamó- ¡Veo que te ha dolido!

A la vez que notaba un cambio de expresión en el rostro de la criatura a algo similar al puro odio Maeglin pudo oír como el hacha subía hacia él. Rodando de nuevo se apartó tiempo de ver cómo el hacha emergía del tejado en su anterior posición haciendo saltar fragmentos de pizarra y astillas. Harto de la persistencia de su oponente el demonio comenzó a rugir a la vez que empezaba a destruir el edificio a base de golpes. Sintiendo los temblores bajo sus pies y manos el guerrero escaló rápidamente para pasar al otro lado y salir de allí por más agua.

A los pocos segundos de desaparecer de nuevo el guerrero el edificio acabó desplomándose ante la criatura, la cual bramaba furiosa ante él. ¡Así que era eso! ¡Agua! ¿Cómo no lo habían pensado antes?

-¡Vamos, muchachos! –gritó a los dos hombres que le quedaban- ¡A por el agua!

Aprovechando que el demonio estaba entretenido con los guerreros que tenía alrededor salieron de allí a la carrera en busca del preciado líquido. Corriendo como locos acabaron cruzándose con un grupo de mujeres que portaba cubos llenos de agua para sofocar los incendios.

-¡Eh, vosotras! –gritó- ¡Necesitamos esa agua!

-¡No tanto como nosotras! –replicó una de ellas.

-¿Ah, no?

-¿Y se puede saber para qué la queréis?

-¡Para acabar con el demonio! ¿Para qué si no?

-¿Cómo vais a vencer a un demonio con agua si puede saberse?

-¡Porque es de fuego, estúpidas!

Al oírlo las mujeres se miraron entre ellas sorprendidas.

-¿Y por qué no lo habíais pensado antes, estúpidos!?

El capitán no pudo evitar llevarse la mano a la cara.

-Por favor, ¿podéis darnos la maldita agua?
 -¿Dároslo? ¡Vamos, chicas! ¡Vamos a enseñarles a estos ineptos cómo se hacen las cosas!

De vuelta pudieron ver cómo la bestia continuaba la carnicería abrasando y despedazando a sus hombres.

-¡Maldita! –gritó una de ellas.

-¡A por él! –gritaron el resto a coro.

Soldados y mujeres, todos armados con cubos repletos avanzaron a la carrera dispuestos a apagar a la condenada criatura, pero ésta, alertada por sus gritos, les descubrió demasiado pronto.

-¡Maldita sea! –maldijo el capitán- ¡Nos ha visto!

-¡Corred chicas! ¡No podrá escapar!

Pero, previendo sus intenciones, el demonio trazó una línea horizontal imaginaria con su índice apuntando a sus nuevos atacantes. A la vez que lo hacía se materializó antes ellos una inmensa pared de fuego que bloqueaba su camino.

-¿¡Pero qué...!?! –gritó una de las mujeres- ¿Qué es esto?

-¡Condenada criatura! –profirió el capitán- ¡Esto es nuevo!

-¡No podemos seguir si no apagamos este fuego!

-¡Pero si lo hacemos no tendremos para el demonio!

Entonces pudieron ver cómo éste les apuntaba con la palma de la mano.

-¡Oh, no! –exclamó uno de los soldados- ¡Estamos perdidos!

-¡Mirad! –dijo el otro señalando por encima de la criatura.

-¡Demonio! –profirió Maeglin saltando sobre él- ¡Este es tu fin!

Pero justo cuando lo hacía éste giró para apuntarle a él rápidamente con la palma.

-¡Mierda! –juró el ver salir la bola.

Expuesto en el aire no tuvo otra que lanzar los cubos contra ella haciéndola estallar en una nube de vapor. A pesar de ello acabó recibiendo una ráfaga de calor además de un potente impacto que lo lanzó hacia atrás de vuelta al tejado. Sin tiempo de recuperar el equilibrio dio de bruces con él para después rodar por la inclinada pendiente hacia el vacío. Trató de agarrarse sin éxito, por lo cual se precipitó abajo. Aprovechando la pared la usó como apoyo para saltar y no caer de bruces. Aun consiguiendo un buen salto, debido a la altura no pudo evitar recibir un doloroso golpe al aterrizar y rodar. Jadeando y con una rodilla en el suelo alzó la cabeza para encontrarse la palma de la criatura a apenas dos metros. Mirándole a los ojos pudo ver lo que parecía una sonrisa. Fin del juego, quería decir.

De repente ésta se irguió alarmada apartando la amenazante palma de Maeglin. Tras un segundo así dio media vuelta para encararse a una figura que él pudo ver entonces. Era un hombre, con una larga melena negra. Protegido por una armadura negra, él también portaba un mandoble. Se alzaba silencioso, iluminado por las llamas. No había dicho nada, y a pesar de ello la criatura se había percatado de su presencia. Es más, había dejado de prestársela a él. ¿Quién podía ser?

De inmediato el demonio lanzó sobre él una de sus deflagraciones, respondiendo él alzando su arma.

-¿Pero qué intenta? –se preguntó Maeglin al verlo.

Entonces estalló la bola, pero de forma distinta, esparciéndose pequeñas llamas por todas partes. Desde su posición no podía verlo bien, pero juraría que la había golpeado. Inmediatamente emergió de entre ellas a la carrera directo hacia la bestia. En respuesta ésta lanzó un potente golpe vertical en cuanto lo tuvo al alcance pero él lo evitó haciéndose a un lado con gran agilidad, estrellándose la hoja con el suelo y

haciendo saltar escombros en todas las direcciones. Atravesadas sus defensas, el extraño guerrero trazó un arco en diagonal de abajo a arriba que formó un gran surco en el cuerpo de la criatura, arrancando de ella un rugido de dolor. Herida retrocedió unos pasos, no haciendo nada su oponente por impedirlo a la vez que bajaba la guardia confiado.

Maeglin pudo verlo mejor en ese momento. Unos ojos azul oscuro en un rostro de delicadas facciones, ropajes púrpuras bajo la armadura que le cubría la mayor parte del cuerpo y una capa negra eran los detalles que no había podido apreciar en un principio. Y esas orejas eran... eran... ¡No podía ser! ¿En verdad lo era?

-¿Es Gor'Sael a quien sirves? –preguntó el extraño con calma a la vez que miraba a los ojos a la bestia.

Ésta, con la mano libre en la herida, ya no mostraba la furia de antes. Ambos quedaron quietos, en silencio, contemplándose.

-Él no será más tu señor –dijo él finalmente.

En respuesta el demonio se irguió amenazante de nuevo en guardia, haciendo él lo propio.

-No te servirá de nada –comentó con una sonrisa de suficiencia.

Acto seguido la criatura se abalanzó sobre él dispuesta a destrozarlo con su hacha. Trató de alcanzarlo con un golpe en diagonal, pero éste lo desvió con su hoja para contraatacar acto seguido con un tajo ascendente que ésta esquivó haciéndose a un lado. Otro brutal golpe desde arriba destrozó el suelo tras ser evitado por el extraño, cuya hoja fue detenida a tiempo por el acero de la criatura.

Maeglin contemplaba atónito el combate. La criatura luchaba con más ahínco que nunca y su oponente se le estaba apoderando. Ambos esquivaban, atacaban y bloqueaban en un mortal baile de acero. Si solo el suyo pudiese dañarla. Esa espada, esa espada podía dañarla. Eso le recordaba que tendría que recuperar la suya.

Finalmente la bestia lanzó un tajo horizontal que el otro desvió para acto seguido hundir con una estocada la hoja en su vientre y, emitiendo un gemido, ésta retrocedió unos pasos antes de caer de rodillas y echar una mano al suelo. Maeglin podía ver la derrota en sus ojos.

-Eres mío –afirmó complacido el extraño.

Después ambos quedaron unos instantes en silencio mirándose el uno al otro hasta que unos segundos después el demonio se desvaneció. Entonces se encaró hacia él, contemplándole con esos azules ojos penetrantes. Maeglin los escrutó tratando de encontrar algo en ellos, pero no pudo ver nada, condescendencia acaso. Sin mediar palabra dio media vuelta y comenzó a volver por donde había venido. Más adelante, esperándole pudo ver de lejos a dos mujeres y tres caballos. Una de ellas estaba cubierta por una capa negra con pelaje en los bordes, mientras que la otra parecía del sur por sus vestiduras además de ir armada.

-¡Eh! ¡Guerrero! –exclamó el mercenario cuando ya se iban.

-¿Eh? –preguntó Maeglin volviendo en sí.

-¿Estás bien?

-Sí, sólo un poco lastimado.

-¿Tienes idea de quién puede ser?

-No, pero tengo que averiguarlo.

-¿Vas a seguirlos?

-Necesito mi espada. Y un caballo.

-¿En tu estado?

-Por supuesto.

Iban hacia el norte, hacia el bosque posiblemente. Llevaban un paso tranquilo cuando les dio alcance. Al galope, les adelantó para detenerse ante ellos.

-Hola –saludó sonriendo desafiante.